

La guerrilla y la Guerra de la Independencia

Enrique Martínez Ruiz*

Uno de los episodios más interesantes de la Historia Militar y —¿por qué no?— de la Historia Universal es el protagonizado por Napoleón, uno de los grandes genios militares que han existido, con una visión política de largo alcance que está a punto de establecer una nueva ordenación mundial con Francia como centro. Sin embargo, en sus aspiraciones se cruzarían fatídicamente las denominadas *guerras de liberación*: la española, que es la primera en manifestarse y la más larga; la rusa; y la alemana, la más tardía de las tres. Estas guerras van a generalizar el ejército popular o nacional, que aparece por primera vez en Europa con la Revolución Francesa. El *ejército real* sufre así un golpe de muerte, para ser desplazado por el *ejército nacional*: el soldado *mercenario* dejaba paso al soldado *patriota*. Sin embargo, en nuestra guerra de liberación, en la Guerra de la Independencia española hay algo más que la puesta en marcha del nuevo ejército: «La novedad impuesta por España —escribe Jover— consiste en la milagrosa animación de un paisaje que se creía inerte: el suburbio, la aldea, el monte, van a irrumpir en la historia militar... el “monte” sobre todo; un monte omnipresente en la arrugada fisonomía de la península va a cobrar vida en la guerrilla para expulsar, como en un reflejo telúrico, el cuerpo extraño de la invasión».

(*) Catedrático de Historia Moderna de la Universidad Complutense.

APARICIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE UNA NUEVA FORMA DE LUCHA

Los planteamientos «clásicos» de la guerra sufren así una mutación decisiva y el orden cerrado con cuadros y maniobras perfectamente calculadas se verán alterados por la genial improvisación de convertir la geografía en un elemento más del combate. Los ejércitos napoleónicos serán los primeros en sufrir las consecuencias de semejante cambio, pues su táctica y estrategia no incluía la «utilización del paisaje» contra el enemigo, sino la acertada colocación de los efectivos «en el paisaje» para estar mejor situado que el contrario en el campo de batalla. Y es justamente ese paisaje animado la razón de ser última de la guerrilla. Un paisaje en el que residen modos, medios y comportamientos propios del guerrillero.

Ante la imposibilidad de resistir la acometida francesa, el ejército real español se dispersa y esta dispersión —como ha señalado Artola— constituye el arranque de la acción de la mayoría de los guerrilleros conocidos. Es entonces cuando se pone nueva y decididamente en marcha un antiguo sistema de lucha muy empleado en nuestra península, revivido —según las explicaciones más usuales y reiteradas— gracias al sentido individualista hispano, a la falta de medios bélicos y a la carencia de una organización superior capaz de aglutinar todas las iniciativas. De esta forma, se emprende una lucha de poca envergadura, sin frentes definidos, cruel, constante, despiadada, de descalificación total del adversario, simultánea a otra guerra formal, de posiciones y bandos definidos y con frentes delimitados. Considerando ambos tipos de lucha y su mecánica interna, Jover señala que «las concepciones y las formas de combate propias de las Guerras de Liberación son, pues, manifestación específica en el campo de la historia militar, de un hecho genérico llamado Romanticismo, el cual impregna con su concepción del mundo, con su sistema de actitudes ante la vida, todas las formas de acción del hombre europeo durante un trecho de historia que comienza tumultuosamente con las mismas Guerras de Liberación».

La guerrilla adquirirá muy pronto un destacado papel, desde el momento mismo en que los franceses desarticulan la primera oleada de patriotas que quiere suplir las deficiencias del ejército real español mediante la improvisación de otro «ejército» formado por voluntarios, aniquilados aquel y éste fácilmente por las tropas imperiales y cuya ineficacia viene a valorar la importancia de la resistencia guerrillera, dado que de no ser por ella la guerra se hubiera inclinado hacia el lado francés inevitablemente desde la batalla de Ocaña.

De cuantas explicaciones se han dado sobre el origen y la realidad de la guerrilla, hay tres factores que se repiten con reiteración: el individualismo propio del pueblo español, la clara superioridad del ejército francés en efectivos y armamento que hace imposible cualquier resistencia formal y la agitada geografía española. A estos factores se unen otros condicio-

nantes, cuya existencia contribuye decisivamente a explicar la realidad guerrillera, como son: el eco y el apoyo que los guerrilleros encuentran en la población civil, las represalias francesas en respuesta a la actividad de los guerrilleros y las perturbaciones en los modos de vida seculares que se producen como consecuencia de la guerra y que se imputan al invasor.

Por lo demás, los supuestos estratégicos de la guerrilla son muy elementales: la lucha es permanente y en ella puede intervenir cualquier hombre en el momento que mejor lo estime. La eliminación de los enemigos rezagados o aislados era una constante. No se conserva el terreno, porque su conservación mermaba la capacidad combativa del grupo. Desprecio de los criterios clásicos de lucha por no serles de utilidad (la conservación del campo después de la victoria, la captura de banderas e insignias enemigas, etc. no le reportan al guerrillero ningún beneficio). Mantenimiento de la iniciativa táctica en todo momento. El combate es rápido, relampagueante y solo se traba cuando el terreno y el factor sorpresa aseguran el éxito, de aquí que no se empeñen en acciones que puedan resultar comprometidas, pues como dice Artola «busca la decisión militar no en la derrota del enemigo en una batalla campal, sino en el aniquilamiento de sus recursos mediante una guerra de desgaste».

La reacción antifrancesa en España es general. Se produce tanto en los recintos urbanos como en las zonas rurales. Pero la ciudad, cuando es ocupada, depone por lo general su actitud levantisca y se resigna a la presencia del invasor, entre otras cosas porque los recintos urbanos son controlables en mayor medida que las zonas a campo abierto. Por eso, la guerrilla es eminentemente campesina, favorecida por los arraigados sentimientos religioso y monárquico de la mayoría del pueblo español de aquellas fechas. También su conducta resulta explicable por ser sobre los campesinos sobre los que recaen con mayor dureza las exigencias del invasor, a las que replica con un desco de desquite propio de su espontaneidad de vida. Así, se emplea una fiera crueldad entre los contendientes, avivada por las represalias de uno y otro bando, gráfica y sobrecogedoramente testimoniadas, entre otras, por la genial producción pictórica goyesca. De esa manera, la guerra queda planteada con un radicalismo extremo. No hay mas solución que la victoria o la muerte. Los enemigos se descalifican de manera absoluta y convierten al país en un infierno, en el que la peor parte, a la postre, es para los franceses, desconocedores del terreno, inadaptados al clima y con unos planteamientos tácticos y estratégicos inadaptados a semejante forma de combatir. Francisco Castrillo, en este orden de cosas, se muestra muy rotundo, pues tras analizar algunos pareceres de militares e historiadores, concluye: «La primera consecuencia que se extrae de ellos es la del tremendo error que cometieron los franceses —desde Napoleón al último de sus soldados— al no saber enfocar la guerra de España». Grasset hace tiempo que distinguió entre «*guerra regular* y *guerra nacional*. En la primera, los ejércitos napoleónicos llegaron a ser mecanismos precisos

que impusieron su superioridad en todos los puntos cardinales de Europa cuando el Emperador se esforzaba en levantar la nueva ordenación continental; era una guerra de batallas campales entre unidades regulares con frentes definidos, con gran variedad de escenarios y con un principio y fin formalizado jurídicamente. La segunda es una guerra implacable y dura, clásica en el tiempo y en el espacio, sin objetivos definidos, sin posibilidad de resolverse por una iniciativa política y encaminada, preferentemente, a desgastar material, humana y moralmente al enemigo: una modalidad de guerra que puede ser de resistencia pasiva o de resistencia activa: esta última es la propia de la guerrilla.

Por otro lado, la figura del guerrillero se nos presenta muy desdibujada entre tópicos, anécdotas y leyendas. Indiscutiblemente, los guerrilleros evitaron que España se convirtiera en algo provechoso para Francia. Pero ellos solos no podían ganar la guerra. El guerrillero es un hombre «completo»: con sus cimas y sus abismos de virtudes y defectos. Lo impulsan la ambición, el odio, el amor, el individualismo, el ingenio, la dureza, el resentimiento, la fantasía y la venganza junto con la fidelidad a la causa que defiende, la nobleza, la abnegación, el sacrificio y la lealtad a los suyos. Una entrega total y una subordinación áspera le unen a su jefe, tan austero y arisco como sus subordinados. Desconfiados, huraños, infatigables, abnegados, poseen una moral propia, a la que se ciñen sin distingos ni matizaciones jurídicas o metafísicas por ser sus principios muy elementales, en los que no caben disquisiciones y en donde, a veces, ni siquiera los bandos están claramente delimitados (por eso se habla de guerrilleros, bandidos, contraguerrillas y similares, en un todo confuso que alude no solo al combatiente comprometido sino al fuera de ley y al «pescador en río revuelto» que no duda en recurrir a cualquier acción si le reporta un beneficio, no importándole que las consecuencias de la misma recaigan sobre españoles o franceses. Los guerrilleros proceden de todas las clases sociales; hay, incluso, militares que optan por tal forma de combatir cuando quedan separados de sus unidades o estas son aniquiladas; pero la mayoría de sus efectivos los componen campesinos. Junto a todo lo dicho hay que añadir que casi todos los jefes de las guerrillas, al menos los más conocidos, tienen un motivo personal que explica y condiciona su conducta.

GUERRILLAS Y GUERRILLEROS

El término *guerrilla* (*petite guerre*) lo emplearon por primera vez los franceses para designar a una pequeña unidad destinada a combatir a los *brigands*. La traducción literal dio guerrilla y guerrillero, pero ambos términos no se generalizaron hasta el final de la contienda. La primera denominación legalmente establecida es la de *Partida* o *cuadrilla* y aludía a los grupos reducidos de combatientes con un funcionamiento menos rígido que

el impuesto por los principios y normas del ejército y destinados a conseguir objetivos secundarios o entorpecer los movimientos del enemigo. Las notas que caracterizan a la guerrilla, fundamentalmente, son: organización espontánea, carácter no profesional y defensivo, importancia del jefe, autonomía y libertad completa de movimientos, acción permanente en la retaguardia enemiga y empleo de procedimientos que nada tienen que ver con los del ejército regular.

Por lo demás —y es un tema en el que no nos vamos a detener, pues profundizar en él nos llevaría muy lejos y nos apartaría de nuestro objetivo fundamental en esta ocasión—, se ha dicho que el guerrillero es la resurrección del alma celtibérica. Sea como fuere, lo cierto es que ya a principios del siglo XVIII, durante la guerra de Sucesión española, la guerrilla tuvo destacadas actuaciones, en un panorama que tiene mucho de premonitorio de lo que ocurriría un siglo después. Los elementos básicos para que aparezca la guerrilla son el «ambiente» y la «tierra». El ambiente del momento viene dado por la animadversión colectiva hacia el invasor, manifiesta por doquier con una gran profusión de procedimientos, entre los que predominan los violentos. La tierra, la agitada geografía española, con su variedad climática permite este tipo de lucha, hace posible la «guerra de recovecos» al convertirse las alturas y hondonadas en trampas mortales o refugios improvisados: las irregularidades del terreno permiten la ocultación, la huida o la sorpresa instantáneas.

En cuanto a la importancia y cuantía de los efectivos, las guerrillas pueden clasificarse en tres grupos: a la cabeza tendríamos el formado por las guerrillas de abundantes efectivos, formando unidades similares a las del ejército regular y cuyos jefes alcanzaron renombre nacional (como es el caso de las de Juan Martín Díaz, *el Empecinado*, Espoz y Mina, el cura Merino o Julián Sánchez); le seguiría el bloque de guerrillas de importancia regional, con efectivos más reducidos y un radio de acción más localizado (aquí se incluyen, por ejemplo, los somatenes, que tienen cierto aire militar por la presencia entre ellos de oficiales del Ejército (Lacy, Eroles, Miláns del Bosch,...) y las partidas de José Manso y Sola, Renovales, Porlier, Jáuregui, etc.). Por último, vendría el difuso y evanescente grupo de guerrilleros «ocasionales» o «intermitentes», es decir el de todos aquellos que en un momento dado o en ocasiones «propicias» se deciden a dar un golpe, sin mantener continuidad manifiesta hasta que se presenta una nueva oportunidad.

Salvo el jefe y algunos elementos destacados de las guerrillas más importantes, es muy difícil conocer la identidad de los guerrilleros. Una gran parte permanece y permanecerá en el anonimato y un sector de ellos solo son conocidos por sus apodos: *el abuelo, el fraile, el chaleco, el calzones, el cocinero, el mantequero*, etc.

Por su continuo dinamismo es difícil evaluar el número de guerrillas, pues la dispersión era frecuentemente empleada para reorganizarse una

vez pasado el peligro o para incorporarse por separado a otros grupos combatientes. Además, la presión francesa, en ocasiones, los expulsa de su zona habitual de operaciones o se trasladaban a otros lugares donde se pedía su ayuda, produciéndose fusiones o desapariciones de partidas. En conjunto, se ha calculado su número —en lo que podemos considerar las ponderaciones más generalizadas— en unas doscientas, si bien el quehacer meticuloso de Rodríguez Solís habla de 382 y el recuento más reciente y completo de Horta Rodríguez eleva ese número a 642, siempre con la provisionalidad con que se aventuran tal tipo de cifras. Según el último autor citado, Andalucía, Galicia y Cataluña serían las principales regiones guerrilleras con 100, 116 y 128 partidas, respectivamente.

Y si difícil es precisar la cuantía de las guerrillas, más difícil es precisar el número de guerrilleros, terreno en el que abundan las estimaciones: por ejemplo, Arteché los cifra en torno a 50.000, mientras Canga Argüelles los sitúa en unos 36.500. En cualquier caso, un contingente nada despreciable por muy dispersos que estén sus efectivos. Con un poco de más seguridad nos movemos en el conocimiento de los jefes y primeros mandos de las guerrillas, datos que Horta Rodríguez —cuya cita de nuevo es obligada— sintetiza así:

«— Clérigos seculares y regulares, 107.

— Militares (diversos empleos, en activo y retirados, marinos, cadetes y soldados veteranos), 74.

— Regidores, jueces, escribanos, doctores, licenciados, abogados, médicos, administradores de Rentas, vistas de Aduanas y estudiantes, 28.

— Nobles, 13.

— Alcaldes, 12.

— Mujeres, 11.

— Labradores-propietarios y ganaderos, 10.

— Menestrales, 9.

— Contrabandistas, 4.

— Combatientes del Dos de Mayo, 2.

— Bandidos, 2».

Cifras que nos parecen tan elocuentes como para que no necesiten más comentario.

En cuanto a la táctica militar, la empleada por las guerrillas es muy parecida al *concurrere*. La Junta Central, por medio de la Instrucción del curso terrestre, publicada el 17 de abril de 1809, les asigna como objetivos militares respecto a los franceses «evitar la llegada de subsistencias, hacerles difícil vivir en el país, destruir sus depósitos, fatigarlos con alarmas continuas, sugerir toda clase de rumores contrarios; en fin, hacerles todo el mal posible». En definitiva, su acción tratará de impedir la consolidación de cualquier objetivo francés. Sus armas esenciales son la rapidez de movimientos, el ataque fulminante y breve, dispersión y concentración de efectivos siempre que es preciso y una exacta información de los movimientos del enemigo.

En su proyección sobre la marcha general de la guerra podemos establecer cuatro periodos: el inicial, de formación, en el que domina la guerra regular y que termina cuando la Junta Central llega a Sevilla; la guerrilla empezaría a cobrar importancia tras la victoria de Napoleón en España, pues la guerra se agudiza y hay presencia en el campo de soldados fugitivos y desertores, elementos incontrolados siempre imprevisibles. El segundo periodo (de 27 de diciembre de 1808 a 19 de noviembre de 1809) se cierra con la batalla de Ocaña y tampoco nos encontramos en él a la guerrilla plenamente formada y con ella conviven además dos «tipos» de guerra: la regular y la defensa/ataque de ciudades. El tercer periodo, que corre entre las batallas de Ocaña y de los Arapiles, es «la época dorada» de los guerrilleros, ya que es el momento francés por excelencia de la guerra y las fuerzas regulares españolas han sido derrotadas; en este periodo la guerrilla cumple una doble finalidad: acosar al enemigo y espolear a la población para cortar el colaboracionismo. El cuarto y último periodo marca la decadencia de la guerrilla. «La batalla de los Arapiles —escribe Solano Costa— ha de significar ... el momento inicial de la declinación de la guerrilla, tanto por su paulatina incorporación al ejército regular, como por consecuencia de la retirada de los ejércitos franceses ... que deja sin efectividad a la misión fundamental del guerrillero: actuar en terreno ocupado sobre el enemigo». En efecto, la recuperación militar aliada y la progresiva retirada francesa cambian el signo de la guerra y dejan la mayor parte del territorio peninsular en manos de las tropas aliadas provocando al mismo tiempo la decadencia de la guerrilla, realidad que permite considerar el periodo comprendido entre los Arapiles y la invasión del sur francés como el de progresiva desaparición de la guerrilla.

De entre los guerrilleros que han dejado su nombre a la posteridad, el más famoso, sin duda, es Juan Martín Díaz, el *Empecinado*, combatiente en la guerra del Rosellón y asaltante de los correos franceses antes de que el pueblo madrileño se sublevara el 2 de mayo de 1808; las provincias de Soria, Segovia y Burgos eran recorridas por sus hombres haciendo estragos en los convoyes y destacamentos galos; los pliegos y órdenes enemigas que interceptaban, pasaban a los generales españoles, que recibían así una valiosa información. La actuación del *Empecinado* en la batalla de Talavera le merece el reconocimiento oficial del gobierno español, reconocimiento que se tradujo en la asignación de una misión: impedir las comunicaciones francesas entre Madrid y Aragón, misión que cumple tan satisfactoriamente que le vale el nombramiento de Brigadier del Ejército. Los franceses que le combaten no logran nada positivo, ni siquiera José Leopoldo Hugo, vencedor de *Fra Diávolo*.

Muy famoso también fue el cura de Villoviado, D. Jerónimo Merino, que se lanza al campo al ser obligado con sus feligreses a transportar efectos militares franceses (a él parece que le tocó el bombo de la banda de música). Cargado de odio contra el invasor, inicia una venganza tan larga co-

mo sangrienta; los quince o veinte hombres que inicialmente le siguen, reunidos en el pinar de Quintanar, se convierten pronto en trescientos jinetes que entorpecen cuantos movimientos imperiales se producen en la provincia de Burgos, especialmente. Los generales franceses Dorsenne, Kellermann y Roquet son incapaces de acabar con él. Desconfiado y huraño, actuaba con indiscutible dureza, próxima a la ferocidad (una muestra de ello es el fusilamiento de dieciséis soldados enemigos prisioneros por cada uno de los miembros de la Junta de Burgos sentenciados por los franceses).

El *rey chico de Navarra* es el nombre con que los franceses designaban a D. Francisco Espóz y Mina, cuya guerrilla aumenta al incorporarse los efectivos de la de su sobrino, apodado el *Estudiante* y apresado en Lábilano, y al unírsele los seguidores de su rival Echevarría. Mina recibe el nombramiento de Comandante en Jefe de las guerrillas navarras, concedido por la Junta de Aragón. Su astucia y maestría en este tipo de lucha lo convierten en la pesadilla de los franceses: mantiene en jaque a todo un ejército y descalifica profesionalmente a Dorsenne, Claussol, Harispe, Cafarelli y otros que son incapaces de derrotarlo. Entre sus acciones destacan las realizadas en Rocafort, Sangüesa y Arlabán, así como la campaña del Roncal para escapar a la persecución de cuarenta mil enemigos. Las recompensas llueven sobre él hasta convertirlo en Mariscal y segundo Jefe del séptimo ejército, a las órdenes de Mendizabal.

Julián Sánchez actúa en Salamanca como vengador de los ultrajes y atropellos cometidos en su familia; de labrador se convierte en interceptor de correos, asaltante de destacamentos y cazador de bastimentos, tareas en las que aprovechara su experiencia de soldado. Su escuadrón de lanceros llama la atención de los ingleses y les arranca elogios por su organización y disciplina. El será el azote de la retaguardia de Massena cuando penetre en Portugal tras Wellington, a quien se unirá Julián Sánchez en operaciones posteriores.

Si podemos considerar a estos cuatro tipos como los elementos más representativos, nuestra relación puede ser interminable si nos detuviéramos —cosa que no vamos a hacer— en figuras tan llamativas como los pastores Echeverría, los apodados *el Berriola* y *el Unceta*, junto con Gaspar de Jáuregui, que llegaría a Brigadier. O como fray Lucas Rafael, un franciscano implacable con los invasores, y más implacable aún fue Camilo, un labrador vengador permanente de las afrentas de su esposa e hijas. Sin olvidar a somatenes y migueletes, con figuras como Manso, que ya en 1809 era Teniente Coronel, Antonio Branch —héroe del Bruch— y Jeps de Estanys —controlador de la navegación por el Ebro—. Y más al sur, podríamos referirnos, entre otros muchos a D. Francisco Caridad, alcalde de Otívar y buen exponente de las guerrillas alpujarreñas, Andrés Ortíz de Zárate —líder de hampones muy diversos metidos a guerrilleros— y el extremeño Antonio Morillo. Valga tan somera relación para dar una idea de lo generalizado del fenómeno de la guerrilla y como se puede constatar su existencia en los puntos más diversos de la geografía española.

APROXIMACIÓN A UN BALANCE DE LA GUERRILLA

La valoración global de la guerrilla ha sido frecuentemente desorbitada. Merced a su significado humano, a su impacto en las gentes y a su simbolismo, su análisis se ha desajustado y a menudo se ha presentado al guerrillero como el representante de un tipo humano que compendia las virtudes de la raza. Lo cual, en cierto modo, resulta comprensible por cuanto el pueblo español tuvo «su» guerra en la guerra de la Independencia, a la que consideró, después de acabada, como una empresa resuelta favorablemente gracias a su intervención y mitificándose en el recuerdo popular. Pese a tales actitudes apoloéticas, parece, no obstante, obligado aceptar su eficacia, por cuanto nos tropezamos con ellas en cuanto pretendamos valorar los seis años de lucha más allá de los resultados de las batallas campales.

Las grandes guerrillas tenían su propio campo de acción, su plan de ataque y de maniobra, así como contactos más o menos normalizados con el mando militar. En cambio, las pequeñas partidas, más simples en todos los aspectos, actuarían a su aire, preferente y habitualmente. Castaños quiere acabar con todas ellas, «en atención a los graves perjuicios que causan a los pueblos», pero distingue entre «guerrilleros buenos» y malos guerrilleros (a los que es fácil identificar con los bandidos, que actuaban con impunidad en semejante situación y se amparaban en el nombre de los guerrilleros). La guerrilla actuó positivamente también como servicio de información, interrumpiendo las comunicaciones enemigas.

Por más que la Junta Central lo intentó, la guerrilla no pudo ser sistematizada ni organizada. El reglamento de partidas y cuadrillas de 28 de diciembre de 1808 —cuyo contenido merecería un detenido comentario que, por razones obvias, nosotros no podemos hacer en esta ocasión— y la reglamentación del curso terrestre —a la que ya hemos aludido y que ha sido considerada más expeditiva y cruel y menos militar que el reglamento—, nada permitieron avanzar en este sentido. Lo mismo cabe decir de otros decretos relacionados con la guerrilla, incluido el Reglamento para las partidas patrióticas publicado por D. Luis Lacy el 9 de septiembre de 1811, muy inspirado en el de 1808. Y tampoco fue muy allá el Reglamento para las partidas de guerrilla, de 11 de julio de 1812, más pormenorizado y con una impronta militar superior al de 1808. Si los momentos claves y la finalización de la contienda son responsabilidad del Ejército regular, las guerrillas zarandearon duramente el proyecto militar y político de Napoleón en España. Y en tal realidad se origina un conflicto que aparecería con fuerza más tarde, en el momento de normalizar la vida tras la guerra y que se vislumbra ya en el Reglamento para los cuerpos francos o partidas de guerrilla, de 28 de julio de 1814: «La posibilidad —escribe Horta Rodríguez de que jefes guerrilleros prestigiosos pasasen a las filas del ejército planteaba graves problemas, tanto por el enfrentamiento de los privilegiados del Antiguo Régimen con las tendencias igualitarias, apenas florecidas, como por

los resentimientos de los que se consideraron peor recompensados que algunos de los que habían permanecido lejos del campo de batalla».

Y en orden a la acción, por lo pronto, se advierte la fijación o distracción, como señala Artola, de fuerzas francesas que podían haberse empleado en otros cometidos, que nunca fueron inferiores a los 250.000 hombres hasta 1813 y que en ciertos momentos superaron los 300.000. Gruesos contingentes franceses tuvieron que dedicarse a mantener las comunicaciones, dar seguridad a su dispositivo y guarnecer las poblaciones, lo que permitía a las tropas anglo-hispanas-portuguesas contar con efectivos muy similares a los de sus enemigos en batallas campales —como la de Arapiles, por ejemplo— o en ciertas campañas —como la que se desarrolla en torno a Torres Vedras, fechas por las que Mina tenía entretenidos en Navarra a 38.000 franceses.

Las pérdidas napoleónicas (entre guerra regular, enfermedades y acción guerrillera) fueron elevadas. Estimarlas en 300.000 bajas no parece descabellado; sangría considerable de la que los ejércitos imperiales no se repondrían, máxime cuando en 1812 ya estaba claro que era imposible mantener dos frentes simultáneos y tan alejados como eran el ruso y el español, de forma que cuando Napoleón retira unos miles de hombres de la península, inmediatamente se acusa el desequilibrio, como se ve en la batalla de Arapiles. Las continuas peticiones francesas de tropas para emplearlas contra la guerrilla demuestran la gravedad que encerraba para los invasores la acción de los guerrilleros. Tales serían las consecuencias más destacadas de la guerrilla en el plano militar, donde la ecuanimidad siempre ha sido más difícil, pues como escribe Nicolás Horta Rodríguez: «Hay una vieja polémica sobre la preponderancia en el triunfo hispano-inglés —plantada a menudo erróneamente como dilema— de las guerrillas o del ejército regular. Y destacamos «preponderancia» porque creemos probada la colaboración, buscada unas veces, espontánea las más, pero siempre actuante. Aun si se prescinde de los resultados tangibles, como es que unos 50.000 hombres lograron perturbar constantemente, y a veces paralizar, la circulación y el abastecimiento de las tropas francesas, llegando a obligar a más de un mes de viaje a los convoyes que se dirigían de Bayona a Madrid con fuertes escoltas, este tipo de lucha autonómica, popular y patriótica que es la guerrilla constituye —y ello aumenta su saldo positivo— un fenómeno social e incluso antropológico sin parangón en la Europa de entonces».

En esta misma línea de valoración sociológica escribe J. R. Aymes, destacando el carácter popular: «Siendo el ejército regular asunto de la nobleza y de los militares de carrera, la gente del pueblo inventa, a la medida de sus aficiones indisciplinadas y de su ignorancia de las tradiciones del arte de la guerra, una forma de vida genuina... La guerrilla, fenómeno esporádico al principio, se transforma luego en fenómeno de masas. La estructura sustituye a lo informe», estimación de la que discrepa Miguel Alon-

so Baquer por considerar que en tal «concepción, la guerra popular se impone a las dos guerras superpuestas», de acuerdo con la panorámica que él establece en su análisis. «pero no hubo tal cosa». Y, con una interpretación social más amplia del fenómeno guerrillero, añade: «estas afirmaciones olvidan que la formalización de la guerra de guerrillas vino detrás de unas experiencias militares —la derrota militar en campo abierto y el triste destino de las ciudades sitiadas—. El combatiente español de todas las clases sociales percibió al punto que lo único relativamente invulnerable era el género de vida del guerrillero. En el monte confluyeron curas párrocos..., aristócratas rurales..., soldados desertores o en desordenada retirada... y campesinos».

En cuanto al orden político, hay que hacer constar el hecho de que las partidas son una realidad desde el principio, prácticamente, razón por la que los diputados gaditanos tienen que aceptar su existencia, dada la imposibilidad de hacerlas desaparecer o subordinarlas a unas directrices generales, como las que pretendían aplicar en el desarrollo de la oposición armada al invasor. Ante las deficiencias del ejército regular, los diputados no se deciden claramente en su favor o en su contra para evitar cometer una equivocación. Procurarán, eso sí, darles una reglamentación a fin de evitar que se conviertan, como ocurrió, en una suma de acciones particulares. En general, los guerrilleros aceptaron los sucesos gaditanos y una de sus preocupaciones fue la proclamación de la Constitución de 1812; en 1814, tras la vuelta de Fernando VII y el restablecimiento del Absolutismo, los guerrilleros se inclinaron mayoritariamente por el bando liberal, aunque hay excepciones tan destacadas como la del cura Merino; algunos, incluso, son víctimas de su exaltación liberal años después, como sucede con el *Empecinado*. Al final de la guerra, parte de ellos se habrían integrado en el Ejército y muchos autores (Solano, Jover, Artola, Comellas ..., por citar algunos) coinciden en señalar que ellos fueron uno de los factores causantes de que el pacífico ejército de Carlos IV adquiriera en algunos sectores el tono levantisco que impera en parte del ejército de Fernando VII.

Respecto al orden económico, señalaremos como la intendencia francesa basaba la alimentación de sus hombres en los bienes de la tierra que conquistaban; las expoliaciones a los pueblos son frecuentes y la preocupación francesa por el avituallamiento es constante. Los guerrilleros percibieron muy pronto tal sistema y para destruirlo o, cuando menos, entorpecerlo utilizaban la práctica de la «tierra quemada», sin importarles que también ellos padecieran las consecuencias, pues era un arma de doble filo dejar a los pueblos totalmente esquilados. Por otro lado, la actitud de los guerrilleros influiría en no pocos españoles que se decidirían a lanzarse al campo para evitar levadas, no permanecer inactivos ante la guerra o buscar medios de subsistencia que por la pérdida de cosechas y la imposibilidad de un ritmo agrícola normal no tenían en sus lugares de origen. Y esto vale no solo para los trabajadores agrícolas, sino también para todos aque-

llos que vieran su modo de vida habitual amenazado o destruido por la guerra. No podemos olvidar en ningún momento que la tarea del guerrillero es eminentemente destructiva y que si una cosa no podía ser utilizada por ellos y era susceptible de ser aprovechada por los franceses, antes de que esto ocurriera, la destruían.

Por lo demás, la valoración de la guerrilla —cuestión en la que nosotros no vamos a caer en la atractiva tentación de sobrepasar en esta ocasión nuestras fronteras— es un tema muy controvertido. Ha suscitado no poco interés y el balance que cada cual pueda hacer dependerá mucho de su proximidad a los hechos, de su situación, de su ideología y de su nacionalidad. En general y con los riesgos que entrañan todas las simplificaciones, podemos insinuar que la historiografía inglesa se hace eco de su importancia, pero sin apartar la atención de los ejércitos regulares, sobre todo el británico; la historiografía francesa es más generosa a la hora reconocer la importancia de los guerrilleros, principal elemento contestatario del imperialismo napoleónico; mientras que la española, más implicada en el tema, ha puesto repetidamente de relieve sus virtudes y defectos y no falta quien los hace responsables de todas las taras de nuestro siglo XIX, por ser su vida una demostración de existencia al margen de un sistema y la manifestación violenta de su desacuerdo. Lo que, tal vez, sea una exageración. Galdós, desde su atalaya observadora del siglo XIX, nos hace un retrato tan escueto como rotundo y preciso —al menos, a nosotros así nos lo parece— cuando escribe: «Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma; son el espíritu, el genio, la Historia de España; ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias. La dignidad dispuesta al heroísmo. La crueldad inclinada al pillaje».

De la misma forma, tal vez, caigan también en el desajuste los que declaran que en aquellas horas de prueba de la guerra de la Independencia el pueblo supo reaccionar, quizás brutalmente, pero a su manera, y que fueron los políticos, a pesar de su preparación, los que hicieron estéril la victoria y abrieron la crisis española decimonónica, crisis en la que no desaparece el espíritu arriscado e indómito de los guerrilleros. «El guerrillero no acaba con la Guerra de la Independencia. Caló profundamente —volvemos a citar a Solano Costa— en la conciencia nacional... el recuerdo de aquellos... seis años quedará impreso en la conciencia nacional y los sistemas de lucha en ellos empleados no serán fácilmente olvidados; por el contrario, los veremos revivir a cada paso a lo largo de nuestro siglo XIX... Sin un conocimiento del guerrillero no podremos calar en la psicología del español del siglo XIX». En efecto, desde 1808, no hay en España un conflicto interno de cierta envergadura que no tenga su repercusión guerrillera y la mejor demostración la constituyen las guerras carlistas. Incluso podríamos decir que desde su consagración en España, más o menos esporádicamente, se puede seguir el rastro de la guerra de guerrillas por todo el mundo.

Sin lugar a dudas, el guerrillero es el elemento humano más definitivo de nuestra Guerra de Liberación, no importa el tipo de valoración que se haga de él. Lo que sí parece que no puede negarse es que su presencia y su contribución perfiló una guerra «popular» que desestabilizó los planes franceses y favoreció la acción de los Ejércitos aliados, vencedores a la postre.

Hoy, en este marco incomparable de Ciudad Rodrigo y en la ocasión que nos ha reunido, las guerrillas bien merecían un recuerdo. Espero que mis palabras hayan conseguido ese objetivo y hayan estado a la altura del momento. Señoras, señores, muchas gracias por su atención.